

LIBRO DOCE.

Muerte de Leopoldo.—Destitucion de Mr. de Narbona.—Asesinato de Gustavo, rey de Suecia.—Gabinete de Luis XVI.—Todos los partidos se reunen para derribarle.—Brissot llega á ser el hombre político de la Gironda.—Ministerio girondino.—Dumouriez ministro de la Guerra.—Roland ministro del Interior.

I

Leopoldo, aquel príncipe pacífico y filósofo, que hubiese sido revolucionario á no haber sido emperador, habia probado todos los medios posibles para diferir el choque entre los dos grandes principios. No pedia á Francia sino unas concesiones aceptables para poder neutralizar así el arrojado de Prusia, de Alemania y de Rusia. El príncipe de Kaunitz, ministro suyo, escribía continuamente á Mr. de Lessart en este sentido. Las comunicaciones confidenciales que recibía el rey del marqués de Noailles, embajador suyo en Viena, respiraban también un espíritu conciliador. Lo único que quería Leopoldo era que, restablecido el orden en Francia y puesta en práctica la Constitución por el poder ejecutivo con todo vigor, diesen garantías á las potencias monárquicas. Pero las últimas sesiones de la Asamblea, los armamentos dispuestos por Mr. de Narbona, las acusaciones de Brissot, el vehemente discurso de Vergniaud, los aplausos que éste habia obtenido, cansaron ya su paciencia, y á su pesar se decidió por lo que tanto habia dilatado. «Los franceses—dijo un día en su reunion—quieren la guerra; pues bien, la tendrán, y verán que el pacífico Leopoldo sabe ser un guerrero cuando el interes de sus pueblos lo exige.» Los consejos de ministros se repitieron en Viena con mucha frecuencia, presididos por el emperador.

Rusia acababa de firmar la paz con el imperio otomano, y estaba en disposicion si quería de declararse por Francia; Suecia avivaba la ira de los príncipes; Prusia cedia á los consejos de Leopoldo; Inglaterra observaba, pero no ponía trabas á nadie, porque la lucha del continente debia aumentar su importancia. Decidióse poner los ejércitos en pié de guerra, y el 7 de Febrero de 1792 se firmó en Berlin el tratado definitivo de alianza entre Austria y Prusia. «Hoy—escribía Leopoldo á Federico Guillermo—Francia es la que amenaza, la que arma y la que provoca. Europa también debe armarse.» El partido de la guerra triunfaba en Alemania. «Es una felicidad—decía el elector de Maguncia al marqués de Bouillé—que los franceses sean los agresores. Sin esto, nunca hubiéramos tenido la guerra.» Aunque decidida ésta en el Consejo, Leopoldo esperaba todavía. En una

nota oficial que el príncipe de Kaunitz remitió al marqués de Noailles para que se la comunicase al rey, este príncipe propendia aún á la conciliación. Mr. de Lessart respondió confidencialmente á estas últimas proposiciones, y tuvo la lealtad de comunicar su respuesta á la comision diplomática de la Asamblea, compuesta de girondinos. En este escrito el ministro paliaba las reconvenções dirigidas á la Asamblea por el emperador, y parecia más bien disculpar á Francia que justificarla. Confesaba, sin embargo, que habia habido algunos disturbios en el reino y algunos excesos en los clubs y por parte de la prensa; atribuía estos desórdenes á la fermentacion producida por las grandes reuniones de emigrados y á la inesperienza de un pueblo que hace los primeros ensayos de su Constitución, y que se hiera él mismo manejando un arma que no conoce bien todavía. «La indiferencia y el desprecio—decía—son las únicas armas con que debe combatirse este azote. ¿Podría rebajarse Europa hasta el extremo de acriminar á toda la nacion francesa porque oculta en su seno algunos declamadores y algunos folletistas, y hasta á hacerles á éstos el honor de responderles á cañonazos?»

En una comunicacion dirigida por el príncipe de Kaunitz á todos los gabinetes extranjeros, se hallaban las siguientes palabras: «Los últimos sucesos nos dan algunas esperanzas; parece que la mayoría de la nacion francesa, reflexionando en los males que ella misma se busca, vuelve á principios más moderados y tiende á devolver al trono la dignidad y la autoridad, que son la esencia del gobierno monárquico.» La Asamblea guardó el silencio de la sospecha. Esta sospecha se avivó al oír la lectura de las notas y contranotas diplomáticas que habian mediado entre el gabinete de las Tullerías y el de Viena. Mas apenas bajó Mr. de Lessart de la tribuna y se levantó la sesion, cuando los cuchicheos de la desconfianza se convirtieron en un clamor sordo y unánime de indignacion.

Los jacobinos prurupieron en amenazas contra el ministro y contra la corte. Segun ellos, habia connivencia entre las Tullerías y el gabinete de Viena, y en Francia era donde se combinaban todos los planes contrarevolucionarios. Pretendian además que tanto el ministro como el rey pertenecian al llamado *comité austriaco*, y que era tal su perfidia, que comunicándose reservadamente con la corte de Austria, le dictaban el lenguaje que debia usar con Francia para intimidarla. Las memorias de Hardenberg, ministro de Prusia, publicadas despues, prueban que estas acusaciones no eran enteramente un sueño de los demagogos, y que las dos cortes, aún cuando fuese con la buena intencion de mantener la paz, se esforzaban en combinar su lenguaje. Declaróse que habia lugar al acta de acusacion de Mr. de Lessart, y Brissot, presidente de la comision diplomática y el hombre de la guerra, se encargó de probar los pretendidos crímenes del ex-ministro.

El partido constitucional abandonó villanamente á Mr. de Lessart al odio de los jacobinos. Este partido no abrigaba la menor sospecha respecto al acusado, pero tenia que vengar en él cierto agravio. El rey acababa de separar repentinamente á Mr. de Narbona, rival de Mr. de Lessart en el Consejo. Mr. de Narbona, sintiéndose amenazado, se habia hecho escribir por Lafayette una carta en que éste le instaba en nombre del ejército á permanecer en su puesto mientras que el peligro de la patria lo exigiese así. Este paso, dado con conocimiento de Mr. de Narbona, le pareció al rey una opresion insolente ejercida sobre su libertad personal y sobre la Constitución. La popularidad de Mr. de Narbona iba en disminucion, y la auda-

cia de los girondinos en aumento. La Asamblea empezaba á trocar los aplausos que anteriormente le habia prodigado en violentos murmullos en cuanto le veía subir á la tribuna. No hacia aún muchos dias que se le habia hecho bajar de ella vergonzosamente por haber herido la susceptibilidad plebeya invocando el apoyo de los miembros *más distinguidos* de la Asamblea. La aristocracia de su rango se divisaba aún por debajo de su uniforme. El pueblo queria hombres tan duros como él en el Consejo. Mr. de Narbona, colocado entre el rey ofendido y las desconfianzas de los girondinos, no pudo evitar su caída. El rey le destituyó, y fué á servir al ejército que él mismo habia organizado.

Sus amigos no ocultaron su resentimiento. Madama de Staël vió desvanecerse con la caída de aquel hombre su bello ideal y trastornarse todos sus planes de ambicion, pero no le abandonó la esperanza de reconquistarle la confianza del rey, unida á un gran papel político. Antes habia querido hacer de él un Mirabeau, y ahora soñaba en que fuese un Monk. Desde aquel dia concibió la idea de arrancar al rey de manos de los jacobinos y de los girondinos, y de hacerle arrebatado por Mr. de Narbona y por los constitucionales para colocarle en el centro del ejército, y obligarle á que, destruyendo los partidos extremos, pudiese fundar aquel gobierno ideal que era su sueño dorado, y que consistia en una libertad aristocrática. Mujer de genio, reunia en sí todas las preocupaciones de su nacimiento; plebeya de corazon, colocada entre el trono y el pueblo, necesitaba de los patricios. El primer golpe dirigido á Mr. de Lessart salió de la mano de un hombre que frecuentaba la casa de Staël.

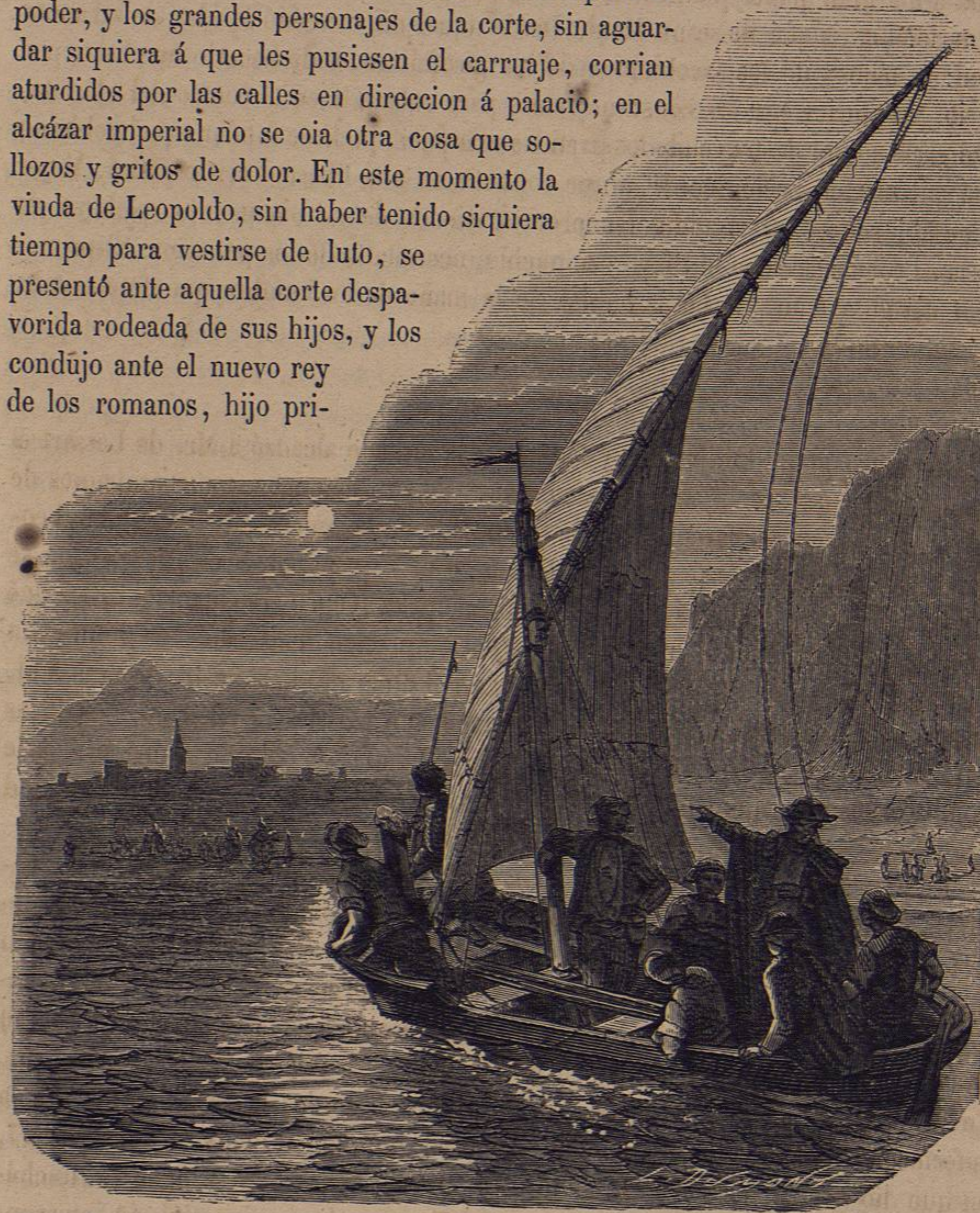
II

Pero otro golpe inesperado y todavía más terrible alcanzó á Mr. de Lessart el mismo dia en que se le entregaba en manos de sus enemigos, como acabamos de referir. Recibióse en Paris la noticia inesperada de la muerte del emperador Leopoldo. Con la vida de este príncipe desaparecian las esperanzas de paz, porque se llevaba consigo toda su gran prudencia y sabiduría. ¿Quién era capaz de saber qué especie de política iba á salir de su sepulcro? La agitacion de los espíritus produjo un terror general, y éste se cambió en odio hácia el desgraciado ministro de Luis XVI. Lessart no habia sabido, segun decian, aprovecharse de las disposiciones pacíficas de Leopoldo durante su vida, ni evitar las hostilidades de los que iban á sucederle en la direccion de Alemania. Todo parecia volverse contra él, y hasta la fatalidad y la muerte se le habian convertido en objetos de acusacion.

El imperio estaba próximo á romper las hostilidades cuando falleció el emperador. Desde Basilea hasta el Escalda se hallaban escalonados doscientos mil hombres. El duque de Brunswick, héroe y esperanza de la liga, se hallaba en Berlin aconsejando al rey de Prusia y esperando las últimas órdenes. Bischoffwerder, general y confidente del rey de Prusia, acababa de llegar á Viena para concertar con el emperador la hora y el punto en donde debian dispararse los primeros tiros. En cuanto llegó, el príncipe de Kaunitz le anunció con las lágrimas en los ojos la enfermedad repentina del emperador. Leopoldo gozaba la mejor salud el dia 27, en que dió audiencia al embajador turco, y el 28 estaba ya en la agonía. Hincháronsele las entrañas, y unos vómitos convulsivos que se seguian casi sin interrupcion le partian el pecho y el estómago. Los médicos vacilan viendo aquellos sinto-

mas tan alarmantes, y aunque turbados, mandan que se le sangre inmediatamente. Este remedio hace que se sosiegue un poco, pero enerva la fuerza vital de un príncipe gastado por los excesos. Duérmese un instante, y los ministros y los médicos salen de la cámara imperial para dejarle descansar; despiértase al cabo de pocos minutos, y presa de nuevas convulsiones, espira en los brazos de la emperatriz, que acaba de acudir al saber la novedad, sin otro testigo de su muerte que uno de sus ayudas de cámara llamado Brunetti.

La noticia de la muerte del emperador, tanto más funesta cuanto más impensada, se esparció en un momento por la ciudad, y sorprendió al imperio cuando se hallaba precisamente en una gran crisis. Mezclábase en todos los ánimos un terror pánico sobre el destino de Alemania á una gran compasion hácia la emperatriz y sus hijos. En palacio reinaban una confusion y una consternacion inexplicables: los ministros no sabian cómo se les habia escapado el poder, y los grandes personajes de la corte, sin aguardar siquiera á que les pusiesen el carruaje, corrian aturdidos por las calles en direccion á palacio; en el alcázar imperial no se oia otra cosa que sollozos y gritos de dolor. En este momento la viuda de Leopoldo, sin haber tenido siquiera tiempo para vestirse de luto, se presentó ante aquella corte despa- vorida rodeada de sus hijos, y los condujo ante el nuevo rey de los romanos, hijo pri-



Dumouriez desembarca en Córcega.—Pág. 520.

mogénito de Leopoldo, donde se arrodilló, reclamando su protección en favor de aquellos huérfanos. Francisco I, uniendo sus sollozos á los de su madre y hermanos, entre los cuales habia uno que no tenia más que cuatro años, levantó á la emperatriz, besó á los niños y les prometió que sería para ellos un segundo padre.

Aunque esta catástrofe pareciese inexplicable para los facultativos, los hombres políticos sospecharon que en ella se encerraba algun misterio, y el pueblo, ménos cauto, habló sin empacho de envenenamiento; estos rumores no han sido confirmados ni desmentidos por el tiempo. La opinion más probable es que el príncipe, ávido de placeres, habia tratado de excitar en demasía su naturaleza haciendo un uso excesivo de ciertas drogas que componia él mismo, y que su pasión por las mujeres le hacía necesarias cuando sus fuerzas físicas no respondian al ardor insaciable de su imaginación. Su médico de cámara, Lagusius, que habia asistido á la autopsia del cadáver, afirmaba que habia sido envenenado. ¿Quién pudo envenenarle? Los jacobinos y los emigrados se echaban en cara mutuamente este crimen: aquéllos pudieran haberlo cometido por deshacerse del jefe armado del imperio, y para introducir con su muerte la anarquía en la federación alemana, cuyo lazo era el emperador; éstos hubieran podido herir en Leopoldo al príncipe filósofo que entraba en pactos con Francia y que retardaba la guerra. También se decía que habia sido envenenado por una mujer desconocida, en el último baile de máscaras. Contábase que ésta, favorecida por su disfraz, le habia ofrecido un dulce que contenia el veneno, y en él le habia regalado la muerte. Otros acusaban á la bella florentina doña Livia, querida suya, é instrumento, segun la opinion de éstos, del fanatismo de algunos sacerdotes. Todas estas anécdotas no son sino unas quimeras inventadas por la sorpresa y el dolor; los pueblos no quieren ver nada natural en los sucesos que como éste tienen tan gran influencia sobre su destino. Pero los crímenes colectivos son raros; las opiniones los desean, pero no los cometen por sí mismas. Nadie acepta por todos la execración de una maldad que no aprovecha sino al partido. El crimen es personal, como la ambición ó la venganza; alrededor de Leopoldo no habia ni una ni otra, y únicamente lo que podia haber era algunos celos ó algunas envidias femeniles. Sus relaciones con el bello sexo eran muchas y muy fugaces para que pudiesen encender en el alma de sus queridas una de esas pasiones que se sirven del puñal ó del veneno. Trataba á la vez con doña Livia, á quien habia traído consigo de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la Hermosa Italiana; con Prokache, jóven polaca; con la encantadora condesa de Walkenstein, y con otras muchas de inferior condicion. La condesa hacía ya algun tiempo que era su querida favorita, y acababa de regalarle un millon en billetes de Banco; habia llegado hasta presentarla á la emperatriz, que le perdonaba sus debilidades con tal que no concediese su confianza política sino á ella. La pasión de Leopoldo por las mujeres era un verdadero delirio, y sería preciso remontarse á las épocas más vergonzosas del imperio romano para hallar en la corte de los emperadores unos escándalos comparables con los de este hombre. Su gabinete parecia un lugar infame ó un museo de obscenidad. Despues de su muerte, se hallaron en él una porción de telas preciosas, de sortijas, de abanicos, de joyas de todas clases, y hasta cien libras de colorete y pomadas, destinado todo esto á reparar el desorden de los rostros de las mujeres que allí entraban, para que nadie notase su desaliño al salir. La emperatriz se ruborizó al ver aquellas

pruebas convincentes de la disolución de su marido, y cuando se inventariaron en presencia del nuevo emperador, no pudo ménos de decirle: «Hijo mío, ante tu vista tienes una triste prueba de los desórdenes de tu padre y de mis largas aflicciones; no te acuerdes sino de mi perdón y de sus virtudes. Imita sus grandes cualidades, pero guárdate de caer en los vicios en que ha caído tu padre, siquiera para que no haya quien tenga que ruborizarse al penetrar en los secretos de tu vida privada».

Leopoldo era más digno de aprecio como príncipe que como hombre. Habia ensayado un gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso país bendice todavía su memoria. Su genio no era á propósito para la dirección de un imperio más vasto. La lucha que la revolución francesa le proponia le obligó á tomar el mando de Alemania, pero lo desempeñó con demasiada blandura, oponiendo los paliativos de la diplomacia al ardor de las nuevas ideas, lo que equivalió á asegurar el triunfo de la revolución, dándole tiempo de consolidarse. A ésta no se la podia vencer sino por sorpresa y ahogándola en su cuna. El genio de los pueblos era su agente y su cómplice, y su popularidad, cada dia mayor, constituía su fuerza y era su verdadero ejército. Sus ideas le reclutaban los príncipes, los pueblos y los gabinetes; Leopoldo hubiera querido contribuir á ella por su parte, pero el genio de las revoluciones consiste en conquistar todo lo que se opone á sus principios. Los de Leopoldo podian conciliarse muy bien con la revolución, pero su poder como árbitro de Alemania no podia conciliarse con el poder conquistador de Francia. Tenia que representar dos papeles, lo que hacía que su posición fuese falsa. Murió en la ocasión más oportuna para su gloria, y con su muerte se paralizó Alemania y se amortiguó el arrojado impetuoso de los franceses. Al desaparecer de entre estas dos cosas, les dejaba dos principios que debian chocar mutuamente y que necesariamente debian producir la guerra.

III

Fermentando ya las opiniones con la muerte de Leopoldo, recibieron otro golpe con la noticia del trágico fin del rey de Suecia, asesinado en la noche del 16 al 17 de Marzo de 1792, en un baile de máscaras. La parca iba haciendo presa uno á uno en todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veian su propia obra en aquellas catástrofes, y se gloriaban de ello por conducto de sus más desenfrenados demagogos; pero estos hombres proclamaban unos crímenes en los que no tenían otra parte que el deseo de que se verificasen.

Gustavo, héroe de la contrarrevolución y caballero de la aristocracia, fué víctima de sus nobles, cuando se disponia á salir para la expedición que meditaba contra Francia, despues de haber reunido la Dieta para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Su energía habia reprimido á los descontentos, á pesar de habersele anunciado, como á César, que los *idus* de Marzo le serian funestos. Hacía ya tiempo que habia indicios de que se urdía una trama contra él, y el rumor de que iba á ser asesinado se habia esparcido por toda Alemania ántes que el asesinato se verificase. Semejantes rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, porque siempre los conspiradores dejan traslucir parte de los planes que tienen entre manos, y aunque esta luz sea muy débil, hay en ella claridad suficiente para ver ciertos sucesos ántes que tengan lugar.

Advertido el rey de Suecia por sus numerosos amigos de lo que se intentaba, y